



Paz y Bien



XXII Domingo durante el año.
3-IX-2006

Textos:

Deut.: 4, 1-2. 6-8.

Sant.: 1, 17-18. 21b-22. 27.

Mc.: 7, 1-8. 14-15. 21-23.

“El Padre ha querido engendrarnos por su Palabra de Verdad” (Sant. 1, 18).

En este XXII domingo durante el año, retomamos la lectura del evangelio según San Marcos.

En un tiempo y cultura de “macaneo”, en que la apariencia y la doble vida se instalaron fuertemente entre nosotros, la Palabra de Dios nos exhorta a ser coherentes frente a la Ley y a Su Palabra.

La Ley ya no está escrita en tablas de piedras, sino en nuestro corazón, y el apóstol Santiago nos pide docilidad a esta Palabra sembrada en nosotros, que nos hace libres y nos salva; Palabra que debe hacerse vida, no contentándonos sólo con oírla pues nos engañaríamos a nosotros mismos (cof. Sant. 1, 22.27).

Hermanos, Dios “ha querido engendrarnos con su Palabra de verdad” (Sant. 1, 22.27). “Ahora Su Palabra no solamente nos es comunicada como mandamiento, sino que ha sido «plantada» en nosotros” (Von Balthasar).

En el contexto de una discusión entre los fariseos y el Señor, este instala el tema de la docilidad y fidelidad a la Verdad, cuando ellos le reclaman el no cumplimiento de la tradición de los antepasados; Jesús al responderle les hace notar la duplicidad de sus vidas: “Este pueblo me honra con los labios pero no con el corazón” (Mc. 7, 6).

Este obrar con doblez en la vida, es una de las grandes características del estado de pecado en el que amamos lo que sabemos deberíamos aborrecer.

En el diálogo de Jesús con los fariseos, están en juego: La veracidad, la sinceridad y la fidelidad.

La sinceridad, es algo más que una simple disposición anímica a ser franco, es fundamentalmente fidelidad a la verdad.

La fidelidad es vivir la verdad en nuestras promesas y resoluciones.

La veracidad nos hace fieles a nosotros mismos y a Dios, nos hace perfectamente sinceros.

El Señor acusa a los fariseos de falta de sinceridad, pues no enseñan la Ley a la que deben servir, sino que enseñan preceptos humanos, no son fieles, y no son sinceros al proclamarse fieles a las tradiciones de sus antepasados.

“La sinceridad en su más pleno sentido es un don divino, una claridad de espíritu que sólo nos viene con la gracia. Si no nos hacemos «hombres nuevos», creados según Dios (y “engendrados por su Palabra de verdad” (Sant. 1, 18)), «en justicia y en santidad de verdad», no podremos evitar la mentira y el doble sentido que se ha hecho instintivo en nuestra naturaleza herida por el pecado, como dice San Pablo, «siguiendo las concupiscencias de la seducción»” (Ef. 4, 22) (Thomas Merton).

Hermanos la sinceridad está vinculada a la humildad que nos permite crecer en la sabiduría y en la prudencia; la sinceridad se vive en la humildad de reconocer innumerables errores y en la fidelidad en corregirlos.

Pero es el orgullo (el hybris) lo que torna ciego al hombre y lo aleja de la verdad; el orgullo está en la base de la actitud de los fariseos del evangelio. “El demonio del orgullo es causa de la peor caída de una persona. El lleva al monje (al cristiano) a no buscar en Dios la causa de su obrar virtuoso, sino en sí mismo. (Recordemos la parábola del fariseo

y el publicano, en la que la oración humilde de este último agrada a Dios y no la del orgulloso fariseo; Lc. 18,9-14).

Al final de todo, le ataca al orgullo la peor enfermedad: se hace perturbado mental. Cae en la locura y está sometido a alucinaciones que le sugieren legiones de demonios que flotan en el espacio” (Evagrio Pontico, s. IV).

El Señor también vincula la sinceridad de corazón a la oración: “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí”.

La sinceridad, de esta manera, aparece como la dualidad más vitalmente importante de la oración verdadera. Es la única prueba válida de nuestra fe, esperanza y amor de Dios.

Hermanos, Dios nos pide a los católicos “proferir verdad con los labios y con el corazón (S. Benito, “Regla”), pero sobre todo en la oración deben estar acordes los pensamientos con las palabras entonadas: “mens concordet voci”.

Por último, el apóstol Santiago, vincula la sinceridad con la caridad, recordándonos que la vida religiosa se debe manifestar más allá de ritos y prácticas religiosas, en el compromiso con los más débiles: “La religiosidad pura y sin mancha delate de Dios, nuestro Padre consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas cuando están necesitados...” (Sant. 1, 27).

Pidamos al buen Dios que infunda Su Espíritu en nuestro corazón para que vivamos “la caridad que proviene de un corazón sincero, de una conciencia recta y de una fe sin fingimiento” (Tim. 1, 5).

Amén.

G. in D.